

Timur Vermes

Los hambrientos y los saciados



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Sinopsis

I

1

2

3

4

5

6

7

Esperanza para África

8

9

Nadeche Hackenbusch: su peor pesadilla

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

10.000 kilómetros por amor

22

23

24

25

Una mujer con grandeza moral

26

27

28

29

30

31

32

33

Una pareja ideal que busca seguridad y protección

34

¡Seguimos en antena!

35

36

II

37

38

39

40

41

42

43

44

Gran preocupación por Nadeche Hackenbusch

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

Especulaciones sobre la catástrofe del Tauern

Nadeche Hackenbusch: en la muerte sigue velando por su
hijo

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Alemania ha restringido el número de solicitantes de asilo y Europa ha bloqueado su acceso a través del norte de África. Más allá del Sahara, se están construyendo enormes campamentos donde millones de refugiados esperan, esperan y esperan.

Cuando la presentadora estrella Nadeche Hackbusch visita el campamento más grande, el joven Lionel reconoce que tienen ante sí una oportunidad única: con 150.000 refugiados, la atención de la audiencia televisiva está garantizada cuando empiezan a marchar en dirección a Europa. Pero si el público está hipnotizado enfrente de sus pantallas y los anunciantes encantados, no pasa lo mismo con la política alemana que reacciona de manera tibia, intentando ignorar lo que se avecina. Cuanto más avanzan, más se requiere una reacción del ministro del Interior, y se hace aún más urgente que tanto él como el resto de alemanes se enfrenten a dos preguntas: ¿Qué se puede hacer? Y sobre todo ¿en qué tipo de países queremos vivir?

LOS HAMBRIENTOS Y LOS SACIADOS

Timur Vermes

Traducción del alemán por Carmen Gauger



Esta novela es una ficción. Según la Agencia de la ONU para los Refugiados, en 2016 había, a nivel mundial, unos setenta millones de personas huyendo en busca de refugio. Pero eso no significa en absoluto que alguno de ellos deba tener una idea luminosa.

Y aunque la tuviera, no es de ningún modo seguro que alguna cadena de televisión informara sobre esa idea. Y si, a pesar de todo, así ocurriera, tampoco es seguro que Campino opinase al respecto.

En cualquier caso, nadie puede garantizar que los grupos de personas que aquí se presentan se comportasen como supone el libro. Es posible que todo se desarrollase de modo muy distinto.

Pero no es probable.

Odio la realidad. Lamentablemente, es el único lugar en el que uno puede tomar un bistec decente.

WOODY ALLEN

|

1

El refugiado intenta andar con absoluta normalidad, cosa nada fácil porque ni a él le resulta normal. No sabe decir aún si su modo de andar parece así más natural. Sólo sabe que eso de andar con normalidad tampoco le sale bien, porque las miradas de los otros le ponen nervioso. Por eso agacha un poco la cabeza, pero la táctica es equivocada, lo nota enseguida en las reacciones: probablemente ahora parece una cigüeña jorobada. Más vale sacar pecho, alzar la cabeza y sonreír.

Mejor.

Sólo debe procurar no empezar a sonreír con benevolencia, como la anciana reina de los ingleses.

¿Debería haberlo hecho antes? En el fondo no ha sido posible. A decir verdad, no ha reflexionado tanto sobre ello. Ni siquiera ahora está seguro de haberlo hecho bien. Sea como sea, ya no puede cambiar nada.

Poco a poco se va relajando; la sonrisa ya no es forzada. Lentamente va adaptándose a su nuevo papel. Claro, es lógico que todos lo miren. Cómo podría ser de otra manera: cuando cada día es exactamente igual que el anterior, los cambios más insignificantes son algo sensacional. Lo interesante es que esa actitud suya, más segura, produce reacciones distintas. Hay menos risitas y a menudo le hacen gestos de ánimo o de aprobación. Dos niños corren detrás de él, del mismo modo que a veces corren detrás de los coches. Podrían ser más, pero entonces llega de verdad un coche y su nube de polvo arrastra a los niños consigo.

El refugiado empieza a jugar con la nueva situación. Una niña lo mira y él responde a su mirada con un paso de baile. Ella se echa a reír. Es una buena sensación. Ha estado bien. Ha valido la pena. Seguramente tendría que haberlo hecho antes. El refugiado dobla la esquina y ve a Mahmoud.

Mahmoud está sentado en el suelo y observa a un grupo de chicas. El refugiado mete las manos en los bolsillos del pantalón y se para al lado de Mahmoud. Mahmoud ni se inmuta.

—Eso no sirve de nada —le dice el refugiado.

—Eso no se sabe —afirma Mahmoud sin alzar la vista.

—Se sabe. Miras mal.

—Miro como miran todos.

—Eso es, justamente —replica él—. Todos miran a Nayla, todos miran como tú. ¿Cómo va a notar ella que eres especial?

—Porque no se trata de Nayla.

—¿Sino... de Elani?

—Tal vez sí. Tal vez no.

—En ese caso, la cosa sería aún más idiota.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque también a Elani le parece que miras a Nayla. Así que Elani también piensa que eres como todos.

Mahmoud echa la cabeza hacia atrás y levanta la vista hasta que puede ver al refugiado:

—¿Tienes un plan mejor?

—¿Por qué no te vas simplemente hacia allá, con total tranquilidad, de forma que Nayla se ponga a pensar ya cómo decirte que no? Y cuando estés junto a ella, cuando Nayla empiece a abrir la boca, entonces te vuelves de pronto hacia Elani.

Mahmoud reflexiona sobre la propuesta y dice finalmente:

—Ése es tu estilo. A ti te gusta hablar. A mí, mirar. Mi fuerza reside en la mirada. ¿De dónde has sacado esos zapatos?

Mahmoud ni siquiera ha mirado hacia abajo. Quizá su fuerza resida, efectivamente, en su mirada.

—Se ahorra un poco cuando no se fuma —dice el refugiado, y ofrece unos cigarrillos a Mahmoud.

Mahmoud coge uno y dice:

—Pero se ahorra más cuando se gorronea. —Se pone el cigarrillo detrás de la oreja y, aún en cuclillas, se vuelve hacia el refugiado, como un mecánico de coches que examina una avería.

—Tienen buena pinta —dice con tono elogioso—. Incluso parecen auténticos. Si no supiera que aquí es imposible conseguir unos auténticos diría que...

—Claro que se pueden conseguir aquí.

El refugiado se mete de nuevo la cajetilla por la manga izquierda de la camiseta y la deja sujeta sobre el hombro. Eso no hace más atractivos ni la cajetilla ni los cigarrillos, pero se ve enseguida que tiene cigarrillos. Y los cigarrillos son imprescindibles en todos los campos, incluso para el no fumador. Con ellos uno puede hacer contactos, o algo bueno por alguien sin darle gran importancia. Todo el mundo necesita cigarrillos, si no para uno mismo, para sus padres y hermanos o para un amigo como Mahmoud.

Mahmoud, impaciente, da unos golpes en la pierna del refugiado. La sacude sin cesar hasta que el refugiado la levanta por fin para que el experto en zapatos pueda dar su opinión también sobre la suela.

—Cosa fina, el color. ¿Quién te los ha dado? —pregunta desde abajo—. ¿Mbeke? Entonces no son auténticos.

—En efecto.

—Ah, ¿lo ves?

—¿Cómo que lo ves?

—Que no son auténticos.

—No. No son de Mbeke.

—¿Pues de quién, si no? Ndugu no vuelve a meter la nariz en negocios de zapatos, eso seguro.

—Es que tampoco son de Ndugu.

—Entonces sí que no son auténticos.

—Serán entonces zapatos *fake*. —El refugiado se ríe.

Mahmoud se incorpora.

—¡Bueno, dilo de una vez!

—¿Y si son de Zalando?

—¡Zalando no vende zapatos!

—A lo mejor hace una excepción conmigo.

Mahmoud lo observa fijamente. Nadie sabe cómo se llama realmente Zalando. Lo único que saben todos es que trabaja para la organización y que es alemán. Y que siempre da la misma respuesta cuando le piden un favor. «¿Por qué me preguntas?, ¿acaso soy Zalando?» Una respuesta estúpida, si nadie sabe cómo se llama de verdad. Quizá sea en efecto el famoso Zalando.

—Bueno, entonces no me lo digas —suelta Mahmoud. Se quita el cigarrillo de detrás de la oreja y se lo ofrece al refugiado con mirada interrogante.

El refugiado saca el mechero del bolsillo. Quien quiere hacer feliz a alguien con un cigarrillo también ha de poder encenderlo. De lo contrario, la gente busca a alguien que tenga fuego y entonces resulta imposible iniciar una conversación aceptable. Ya no escuchan, olvidan la mitad o ni siquiera se enteran. Mahmoud y él caminan en silencio por la calle polvorienta. Mahmoud mira su smartphone.

—En Berlín están comiendo ahora patatas cocidas y manitas de cerdo.

—¿Y quién quiere ir a Berlín?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—¡Aquí se está bien! —exclama Mahmoud.